

## VIII

### LA CUEVA DE MONTESINOS

Hay un momento en la vida humana de don Quijote en que éste se proporciona verdaderas metáforas: Es cuando desciende a la muy famosa Cueva de Montesinos.

Estaban muy recientes sus choques con la cordura de los hombres, y don Quijote sintió deseos de una gran metáfora que sostuviese sus fuerzas decaídas.

Y don Quijote, en esos momentos graves y tristes en que veía agotarse su vida quijotesca, se lanza a las profundidades con un gran ímpetu creador para allí respirar las atmósferas puras, tan recatadas en los ambientes de quimera.

Era después de la estancia en la casa de don Diego de Miranda, y era después de haber asistido a la celebración de unas bodas absurdas, acontecimientos muy mediocres que no podían satisfacer más que a un ser como Sancho Panza.

Don Quijote vive tres días admirables en la Cueva de Montesinos. Allí ve encantada la efigie del Gran Espíritu —o sea Dulcinea en la fantasía quijotesca— que se muestra renuente a oírle, y huye, huye por los campos ubérrimos sembrando una aldeana salvaje. Allí ve cómo se glorifica su nombre, y oye admiraciones para su destreza y ánimo valeroso.

En esta aventura la metáfora consiste en que ve al Gran Espíritu encantado. Esto es, su visión anterior en los alrededores del Toboso adquiere relieves de verdadera en la «nueva verdad», que anhela su alma.

Sin embargo, este anhelo de la «nueva verdad» es un anhelo inconsciente. Porque don Quijote ignora su excentricidad, esto es, no sabe que vive en un mundo distinto al suyo. El fracaso de don Quijote es que quijotesca sólo puede conquistar el mundo de la metáfora, nunca podrá conseguir que sus acciones no parezcan locuras a los hombres. Podría conseguirlo, es cierto, renunciando a ser don Quijote, pero cuando don Quijote deje de ser don Quijote, morirá. Es imposible que viva mucho tiempo encerrado y aprisionado en la coraza de Alonso Quijano, el Bueno.

Don Quijote es Espíritu, a secas. No espíritu celebrado o espíritu sensible.

En el siglo XX se comprenderá mejor a don Quijote que en el siglo XVII, y muchísimo mejor que en el siglo XIX. Todo ese romanticismo poético y todo ese positivismo científico que llenó las exigencias del siglo XIX no podían comprender a don Quijote. Me parece que la novísima generación intelectual aspira a situarse en el plano de las grandes perspectivas. Desde ese plano —paradójicamente picudo—, el espíritu de don Quijote aparecerá limpio de sombras. Si vivo dentro de cincuenta años, escribiré otro libro sobre el Quijote.

Lo digo con optimismo: Estoy seguro de que las murallas que forman la decadencia presente serán rotas por el ímpetu de la generación que ahora florece. Para conseguirlo, quizá ésta no tenga que hacer sino dos cosas: Una, romper definitivamente con «lo viejo». Otra, saberse hacer a sí misma. Y como sé que existen síntomas en los actos de esta generación incipiente de que persigue la consecución de las dos cosas antedichas, puedo afirmar que la decadencia toca a su fin, ¡Qué hermoso ser joven para llevar a cabo este esfuerzo!, digan unos, los mejores. ¡Qué hermoso ser joven para verlo!, digan otros, los buenos. Y todos confundan a los cobardes —desertores del puesto que les asigna la época— que pierdan tiempo en cantar a «lo viejo» una elegía...

Se me preguntará qué síntomas veo yo en «nuestro ambiente» para sentar afirmaciones tan optimistas. No caeré en la ingenuidad de poner aquí numerados y clasificados esos síntomas.

Fíjese el lector en el piruetismo que desde hace quince años gesticula estérilmente contra «lo viejo». Y la nueva generación —quizá no haya nacido todavía— sabrá desasirse del piruetismo y convertirse en «valor máximo». La nueva generación, pues, se apartará de París, y de otros puntos nocivos que no son París. Sus propósitos serán los de no llevar a la sepultura el vigor espiritual que puedan extraerse durante los años míseros.

Va a la conquista de las cosas que indudablemente son más grandes. Su dicha consiste en que nace sabiendo ya qué conquistas han de ser. No empleará, pues, treinta años en descubrir un camino. El camino.

Y si algún románticoide, anacrónico en nuestro siglo, hace un libro de la calidad de «La confession d'un enfant du siècle», de Musset, se le expulsará de la generación nueva.

Porque en los años futuros el espíritu se dedicará a otra cosa que a la deificación de la fémina, considerando como literatura ínfima todo lo que hasta aquí se ha vestido con la máscara de la genialidad. Y será entonces cuando don Quijote aparezca rodeado de alburas inmensas, y cuando sus fulgores deslumbren a los buenos.

La aventura de la Cueva de Montesinos es de las más profundas en el Gran Libro. Porque significa en el ánimo de don Quijote el hallazgo de una senda que puede conducir a maravillosas posibilidades.

Yo tengo por norma al escribir, hacer que el lector se suma en meditaciones. Niego valor a los libros que no hagan meditar. Y si estos libros *entretienen*, casi los odio.

Por eso no soy prolijo en nada ni digo todo lo que se me ocurre. Si el lector es inteligente, adivinará lo que dejo por decir. Si no lo es, debe cerrar el libro, porque puede estar seguro de que no está escrito para él. Me consideraría fracasado si un libro mío hiciera reír a un lector inteligente. Claro que midiendo yo antes su grado de inteligencia, porque bien pudiera ser un reflejo o una máscara...

**>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»**

**>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS**

**>DOCUMENTO: Quijote\_012**